**¿QUÉ ES “FILOSOFÍA”?**

# I.- DEL MITO AL LOGOS

El primer sentido de la palabra “filosofía” (el sentido que tenía cuando surgió históricamente en la antigua Grecia hace 2600 años) no se distingue del de ciencia. Por tanto, explicar el surgimiento de la filosofía es lo mismo que explicar el origen del pensamiento científico o, más en general, del pensamiento racional. Lo que surgió fue un tipo de pensamiento distinto –opuesto, al margen- del predominante hasta entonces. Nos referimos generalmente a este nuevo pensamiento como “logos” y al pensamiento arcaico al que desplazó como “mito”. Por eso muchas veces se expresa el nacimiento de la filosofía como “el paso del mito al logos”, es decir, el cambio de la explicación mitológica por la explicación racional, científica o filosófica.

Antes de la aparición del “logos”, los hombres se orientaban en el mundo y en la vida mediante mitos. Por “mito” nos referimos, en general, a un conjunto de narraciones legendarias (Hesíodo, Homero) acerca del mundo y del hombre que es aceptado por tradición. Se trata de un tipo de saber de carácter religioso en cuanto que interpreta el universo o la naturaleza en virtud de los dioses o fuerzas sobrenaturales. Estos dioses, los del Olimpo de la mitología griega, aunque inmortales y mucho más poderosos que los humanos, son como los hombres mismos, en la medida en que experimentan sentimientos humanos (amor, odio, compasión, venganza...) y son sujetos con voluntad, deseos y capacidad de intervención en la naturaleza y los asuntos humanos. De ahí el carácter antropomórfico del pensamiento mitológico. Por *antropomorfismo* entendemos en general la personificación de las fuerzas naturales, la interpretación de la realidad no humana bajo forma humana. Lo que ocurre en la naturaleza, para una explicación antropomórfica, será resultado de experiencias personales o de decisiones voluntarias, y no olvidemos que la voluntad es mudadiza, cambiante, arbitraria. Así ocurría en el saber mitológico antiguo. Los dioses gobernaban y controlaban a voluntad las fuerzas naturales. El viento, el mar, el fuego, los astros eran dioses o dependían de la voluntad de los dioses (es Zeus quien envía el rayo, así como Poseidón la tormenta o la bonanza, etc.). En eso consiste su antropomorfismo: en explicar los fenómenos naturales en virtud de la voluntad antojadiza de los dioses, siendo la voluntad un atributo personal o humano.

El logos (la filosofía, la ciencia, el pensamiento racional), decíamos, destacará enseguida por su oposición al mito. En primer lugar, ya no será la tradición –como ocurría en el mito- la que impondrá la aceptación de las creencias, sino la razón; y, en segundo lugar, esta razón se aparta de las creencias religiosas tradicionales, de las explicaciones sobrenaturales y antropomórficas del mito, y se esfuerza en proporcionar una explicación *naturalista*, esto es, en interpretar el universo no a partir de la voluntad antojadiza de los dioses, sino a partir de causas naturales y leyes generales que pueda descubrir la razón humana. La imagen del mundo que se desprende de ambos saberes no puede ser más diferente. Para el mito, lo que sucede en el mundo (la naturaleza y el universo en general), al ser resultado de la voluntad caprichosa de los dioses, no está organizado según unas leyes permanentes y, en este sentido podríamos decir que es caótico. Para el logos, por el contrario, el mundo es ordenado puesto que las cosas suceden por necesidad natural, suceden como y cuando tienen que suceder, pues lo que sucede está sometido a un orden natural que intenta ser captado por las leyes de la naturaleza. La **arbitrariedad**, dominante en el mito, es sustituida por la **necesidad** en el logos. Las leyes naturales a las que recurre el pensamiento racional para explicar los fenómenos expresan precisamente esa necesidad presente en el curso de los acontecimientos.

# II.- CIENCIA Y CIENCIAS

Decíamos que, en su origen, la filosofía no se distinguía de la ciencia, y que ambos conceptos cabe referirlos a un nuevo tipo de saber -"logos”- que se opuso al saber tradicionalmente establecido, el “mito”. De hecho, la distinción entre filosofía y ciencia es un hecho reciente producido en la época moderna y que fue debido a la especialización a la que obligó el crecimiento del conocimiento científico. Así, del núcleo común de la originalmente única y universal ciencia llamada “filosofía”, empezaron a separarse varios saberes que fueron adquiriendo distintos nombres y que ya no se confundían con la palabra “filosofía”, anteriormente común para todas las investigaciones científicas. Así se fueron separando, y constituyéndose al mismo tiempo como disciplinas autónomas, las ciencias naturales, las matemáticas, la historia, etc. Así, y debido a este proceso de especialización, hasta hace poco tiempo, el campo de la filosofía abarcaba las siguientes disciplinas: metafísica, teoría del conocimiento, lógica, psicología, ética y estética. De todos modos, este es un cuadro aproximativo porque debido al continuo avance de la especialización que trae consigo el progreso del conocimiento científico, algunas de estas materias son practicadas actualmente más por científicos que por filósofos (así, por ejemplo, la psicología se aproxima más a la biología o a la sociología que a otras disciplinas filosóficas, y la lógica es estudiada más por los matemáticos que por los filósofos). De hecho, este proceso de especialización afecta constantemente a todo el conjunto del saber, que sufre una modificación incesante de las fronteras entre las distintas especialidades.

# III.-SABER TRANSDISCIPLINAR Y FUNDAMENTAL

Dada esta situación, ¿qué puede significar la palabra “filosofía” en un estado como el actual en el que la ciencia aparece fragmentada en múltiples especialidades? Podemos encontrar una buena pista para contestar a esta pregunta en el lenguaje ordinario. ¿Qué queremos decir cuando, discutiendo sobre algún asunto concreto, le decimos a alguien “no filosofes”, o “esto es filosofía”? ¿O cuando hablamos de la “filosofía sanitaria” de tal hospital o de la “filosofía crediticia de tal banco” o de la “filosofía educativa” de tal ley de educación? En estas expresiones, la palabra “filosofía” tiene un carácter general, se refiere a las directrices generales, a la orientación o enfoque global de alguna cuestión o tarea. Pues bien, ése es el rasgo principal que distingue el saber filosófico de los saberes particulares (no sólo de las ciencias, sino también de los saberes técnicos, morales, políticos, estéticos, etc). El saber filosófico se caracteriza por la *universalidad* de su objeto. Esto quiere decir que no se ocupa de tal o cual aspecto de la realidad (de esto se ocupan las distintas especialidades científicas y los distintos saberes particulares) sino de la realidad en su conjunto. Se ha definido irónicamente al filósofo como el “especialista en generalidades”. En efecto, frente a la parcelación de la ciencia (de la cultura y de la vida, en general) en compartimentos especializados, la filosofía se caracteriza como un saber transdisciplinar, esto es, un saber que procura conectar e integrar distintos saberes particulares para alcanzar una visión global o de conjunto. Mientras que la ciencia multiplica las perspectivas y las áreas de conocimiento, es decir, fragmenta y especializa el saber, la filosofía se empeña en relacionarlo todo con todo lo demás, intentando enmarcar los saberes en un panorama teórico unitario.

Detengámonos un momento en esa voluntad globalizadora e integradora del saber filosófico. Por definición, un saber transdisciplinar sólo puede construirse a partir de los saberes disciplinares o particulares. Esto permite distinguir la filosofía del resto de saberes como un saber **"de segundo orden”**. Los saberes “de primer orden” -también llamados “categoriales”- son los propios de los distintos saberes particulares (físicos, químicos, biológicos, antropológicos, lingüísticos, jurídicos, políticos, morales, estéticos, religiosos...) que se ocupan de la realidad, de determinar lo que hay y cómo funcionan las cosas. La reflexión de “segundo orden” se ocupa precisamente de estos saberes que tratan directamente de la realidad. De modo que el saber filosófico no es, en este sentido, comparable a los otros saberes porque se ocupa precisamente de reflexionar sobre estos saberes ya constituidos. Según el tipo de saber al que se aplique principalmente la reflexión filosófica, obtendremos distintas “filosofías” (Filosofía de la ciencia, Filosofía de la técnica, Filosofía de la religión, Filosofía de la cultura o Antropología, Filosofía moral o simplemente Ética, Filosofía del lenguaje, Filosofía de la mente, Filosofía política etc.). Cabe hablar de “distintas” filosofías en la medida en que se ocupan de saberes categoriales diferentes, pero todas ellas tienen en común construir su reflexión a partir de ellos. La reflexión filosófica se instala, pues, en otro nivel, necesariamente mucho más general y, aparentemente al menos, también más fundamental.

Así, por ejemplo, la ciencia (los saberes categoriales) se ocupa de investigar y descubrir leyes que expliquen cómo son y cómo funcionan las cosas (el universo, la mente, la sociedad, etc.), pero la filosofía se interesa más bien por elucidar qué es una ley. Los moralistas, las religiones y las ideologías políticas promulgan normas y leyes de comportamiento, pero la filosofía asumirá la tarea de indagar por qué tiene que haber leyes morales y políticas y qué función desempeñan. En definitiva, pretende clarificar racionalmente (mediante el análisis conceptual, la atención a las evidencias y la argumentación crítica) lo supuestos fundamentales sobre los que se basan nuestra visión de la realidad, de nuestro conocimiento y de nuestra cultura[[1]](#footnote-1).

Es por ello que la filosofía –a diferencia de los saberes particulares- no es solamente un saber *más general*, sino también más *fundamental*. Precisamente porque suele preguntarse principalmente sobre cuestiones que los científicos (y por supuesto la gente corriente) dan ya por supuestas o evidentes. Lo apunta bien un filósofo actual, Thomas Nagel:

“La principal ocupación de la filosofía es cuestionar y aclarar algunas ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin pensar sobre ellas. Un historiador puede preguntarse qué sucedió en tal momento del pasado, pero un filósofo preguntará: ¿qué es el tiempo? Un matemático puede investigar las relaciones entre los números pero un filósofo preguntará: ¿qué es un número? Un físico se preguntará de qué están hechos los átomos o qué explica la gravedad, pero un filósofo se preguntará: ¿cómo podemos saber que hay algo fuera de nuestras mentes? Un psicólogo puede investigar cómo los niños aprenden un lenguaje, pero un filósofo preguntará.¿por qué una palabra significa algo? Cualquiera puede preguntarse si está mal colarse en el cine sin pagar, pero un filósofo preguntará: ¿por qué una acción es buena o mala?”

Advertid que todos esos ejemplos que Nagel considera como preguntas típicamente filosóficas tratan de cuestiones **fundamentales o últimas**, en cuanto que se refieren a los presupuestos a partir de los cuales se construyen los distintos saberes (el tiempo para la historia, el número para la matemática, la existencia de la realidad exterior para el físico, la vida para el biólogo, el significado de las palabras para el lingüista, la conciencia para el psicólogo, la existencia de valores para la convivencia humana...). En este sentido podemos decir que la filosofía, por ser un saber de vocación radical y fundamental, se ve abocada a plantearse “preguntas últimas”, aquellas que conciernen a los supuestos fundamentales en los que descansan nuestros saberes sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Si consultáis el índice de un manual introductorio a la Filosofía, lo más probable es que os encontréis con temas parecidos a los siguientes: el conocimiento y razonamiento humano, la existencia de la realidad exterior, otras mentes, el significado de las palabras, libertad y determinismo, los valores, la muerte, el amor, Dios, el sentido de la vida…

**IV.- LA FILOSOFÍA NO ES RELIGIÓN NI LITERATURA**

En nuestra cultura podemos identificar muchas producciones centradas en estas grandes cuestiones metafísicas. El origen y el destino de todo, la vida y su sentido, la existencia de la conciencia y el yo, el milagro del lenguaje y la razón, el origen y el ideal de la sociedad, Dios, la muerte, la belleza…Muchas expresiones culturales pueden compartir temas pero no siempre comparten enfoque o perspectiva. En este sentido es importante distinguir las diferencias del enfoque filosófico respecto al religioso y el literario (o artístico).

También el saber religioso pretender valer, como el filosófico, como un saber universal e integral. Pero la filosofía, a diferencia de la religión, no se constituye sobre una revelación, sino sobre la reflexión emanada de la experiencia humana de la realidad. No es la devoción del creyente ni la fe, sino las razones y la argumentación crítica, lo que alimenta el saber filosófico. La filosofía apunta claramente en dirección distinta a la religión porque tampoco pretende convertirse en un saber de salvación, sino de comprensión de lo real. Además, las obras o testimonios visibles de ambos saberes también son distintos: la filosofía no se traduce en un núcleo dogmático ni en un ritual litúrgico: ni dogmas ni cultos forman parte de la filosofía.

Tampoco la filosofía es literatura. Si comparamos textos de tradición filosófica con otros de tradición literaria advertiremos enseguida notables diferencias. Una trabaja con tramas y personajes (sobre todo en la novela y el teatro), y con imágenes y evocaciones (en la poesía). La otra parece concentrada en la definición de **conceptos verdaderos y en la construcción de argumentaciones correctas.** Esta última tiende a integrar las experiencias individuales en **teorías sistemáticas de la totalidad de lo real,** en tanto que la literatura tiende a consagrar lo que lo individual tiene de único e irrepetible.

Trabajan de modo muy diferente porque exploran dos campos diferentes de la experiencia humana. La principal preocupación de la filosofía es el conocimiento de la verdad, es una preocupación de tipo gnoseológico o epistemológico. Para la literatura y el arte, sin embargo, es la búsqueda de la belleza o la exaltación de los sentimientos, es un interés de tipo estético.

Supongamos, por ejemplo, que poeta y filósofo se enfrentan a un mismo hecho de experiencia individual: la muerte. El poeta cantará lo que la muerte supone para él, la frustración de sus proyectos, la separación de los seres queridos, etc. El filósofo se preguntará por qué existe o qué función desempeña la muerte en la estructura de la realidad y en la vida humana, y qué valor confiere la muerte a la vida de que disponemos.

Sin duda, también hay motivos para sostener un parentesco entre todos esos saberes, entendiendo la filosofía como otro saber más de entre los que tratan sobre cuestiones últimas. En definitiva, por ser últimas, estas cuestiones son hasta cierto punto inefables, no pueden ser contestadas con claridad y precisión, a diferencia de lo que ocurre con las cuestiones examinadas por la ciencia mediante el método científico. Aceptemos, pues, que cualquier teoría sobre cuestiones últimas, entre ellas las consideradas filosóficas, será necesariamente muy especulativa o imaginativa, muy imprecisa y confusa, al menos si la comparamos con las teorías científicas. De ahí, algunos deducen que es irrelevante la distinción entre arte, religión y filosofía, pues todas ellas tratan de dar un sentido o significado fundamental a todo cuanto existe (todas ellas se enfrentan al reto de las “cuestiones últimas”) y lo hacen a su manera vaga e imprecisa, la única manera posible de responder a estas cuestiones.

La única réplica posible de la Filosofía al intento de asimilarla a otros posibles saberes fundamentales como la religión o la literatura, consiste en remarcar su carácter racional. Si bien podemos reconocer que se trata de cuestiones que no pueden resolverse “al modo” científico (no son objeto de un saber categorial), eso no nos lleva a concluir necesariamente que solo pueden ser abordadas al margen de la razón, a la manera de las obras religiosas o literarias. A la filosofía, sin embargo, no la mueve ninguna inspiración artística o religiosa, sino la búsqueda de la verdad mediante el ejercicio de la razón. Esto, su carácter racional, es lo que la distingue. Se acerca a estas preguntas de manera crítica, no repitiendo leyendas, ni estimulando la imaginación o los sentidos, sino sopesando razones, argumentos y evidencias, discriminando, diferenciando y comparando ideas, intentando examinar lo que hay de embrollado en ellas y suprimiendo la vaguedad y confusión que hay en estas preguntas fundamentales y en nuestras ideas habituales.

De todas maneras, si es la razón quien manda, como en las ciencias, ¿por qué no contentarse entonces con las ciencias? Porque no se puede: no responden a ninguna de las preguntas esenciales que nos planteamos, ni siquiera a las que ellas nos plantean. La pregunta “¿en qué consisten las verdades matemáticas?” no puede ser contestada con una respuesta matemática. La pregunta “¿son las ciencias verdaderas?” no es susceptible de una respuesta científica. Y tampoco lo son, no hace falta decirlo, las preguntas referentes al sentido de la vida, la existencia de Dios o la validez de nuestros valores éticos o políticos. Ahora bien, si aceptamos que estas preguntas no tienen una respuesta satisfactoria, exacta, definitiva y precisa como son las respuestas científicas ¿por qué no renunciar a ellas? Porque se trata de pensar tanto como se viva, tanto como se pueda, tanto como se sepa. Una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida, según el dictamen socrático.

# V.-SABER INTERROGATIVO

Así, pues, aunque la filosofía opere con el mismo instrumento que las ciencias (la razón humana), las cuestiones que característicamente se plantea no pueden resolverse al modo como responden las ciencias. Las ciencias brindan soluciones, es decir, respuestas precisas, definitivas y ajustadas a la cuestión que se plantean, de manera que puede decirse que la cierran o anulan (¿qué peso debo poner para que se ajuste esta balanza?, ¿qué debo añadir al cloro para obtener sal común?, ¿qué fuerza debo aplicar a este cuerpo para producirle una aceleración determinada?, etc.). Las respuestas filosóficas son de otra índole. No cierran la cuestión, sino que la mantienen viva, iluminándola desde distintas perspectivas e invitándonos a seguir pensando, ampliándola con otras peguntas. Se trata más bien de un saber interrogativo, un saber empeñado en cultivar la pregunta, y que por ello nos ayuda a preguntarnos cada vez mejor. En este sentido nos reconcilia con lo más humano que hay en nosotros. Porque ¿qué es el hombre sino *el animal que pregunta*? Ya la noticia etimológica de la palabra “filosofía” nos informa de que no se trata de un saber que pueda ser poseído, sino más bien de un “saber buscado”. Es decir, consiste sobre todo en una *actividad* interrogativa, más que en un conjunto de conocimientos (de respuestas) que puedan ser expuestos y enseñados al modo como lo hacen los distintos saberes específicos (decía Kant que lo importante no es aprender filosofía, sino aprender a filosofar). Toda actitud interrogativa encierra una conciencia de ignorancia, o, por lo menos, una insatisfacción ante las respuestas conocidas. El célebre dictamen de Sócrates “sólo sé que no sé nada” se dirige precisamente contra aquellos que creen saber sin haber examinado, aquellos que están satisfechos con los saberes u opiniones que circulan. Saber que no se sabe es preferible a considerar como sabido lo que no hemos pensado a fondo nosotros mismos. Definíamos antes la filosofía como un saber de segundo grado, un saber que se construye a partir de los saberes ya disponibles. No pretende tanto establecer nuevos conocimientos sobre alguna parcela de la realidad o del hombre cuanto reflexionar críticamente sobre los ya existentes. Antes que nada, filosofar es *defenderse* de quienes creen saber y no hacen sino repetir errores ajenos. Esta es su característica función llamada “negativa” (en el sentido de crítica o antidogmática), dirigida a atacar nuestras seguridades y convicciones habituales y a sembrar la semilla de la insatisfacción que nos permita seguir preguntando. Es “crítica” porque se propone “someter a juicio”, analizar, cuestionar, poner en tela de juicio lo ya sabido. La actividad filosófica es antidogmática por esencia porque no cree en verdades incuestionables, no se conforma con lo ya sabido, está siempre dispuesta a repensar y a revisar lo que creemos saber (nuestra visión del mundo, los principios que sustentan nuestro conocimientos, los valores que inspiran nuestra acción, los modelos que organizan nuestra convivencia, la comprensión de nosotros mismos, etc.).

# VI.-CIENCIA Y FILOSOFÍA: DIFERENTES PERO RELACIONADAS

Encontramos otra diferencia importante entre ciencia y filosofía si atendemos al valor que para cada una de ellas merece su tradición; y también, en último término, a la práctica de ambos saberes. Expresado de manera rápida: el conocimiento científico está anclado en la colectividad, mientras que el filosófico lo está en el sujeto. Un científico siempre parte de los resultados más recientes que pone a su disposición la historia de su ciencia, pues estos representan los mejores logros, los resultados más fiables emanados del esfuerzo colectivo de la tradición de su disciplina. También puede utilizar las soluciones halladas por científicos anteriores sin necesidad de recorrer por sí mismo todos los razonamientos, cálculos y experimentos que llevaron a descubrirlas. Un astrónomo actual no necesita estudiar la teoría de Ptolomeo, pues esta teoría quedó definitivamente superada por la astronomía heliocéntrica; ni un físico actual necesita leer la física de Aristóteles, superada por la de Newton y la de Einstein. Pero ni siquiera necesita recorrer el itinerario intelectual que condujo a Newton o a Einstein a elaborar su teoría, pues basta con que conozca sus resultados, para, a partir de ellos, impulsar algún avance en su disciplina. Es decir, se aprovecha directamente de los frutos del esfuerzo colectivo acumulado a lo largo de la historia de su ciencia. Dicho brevemente: el conocimiento científico es acumulativo, colectivo y, en él, importan los resultados. Muy diferente es el modo de hacer filosofía, la práctica de la investigación filosófica. Cuando alguien quiere filosofar no puede contentarse con aceptar o rechazar las respuestas de otros filósofos ateniéndose a los resultados más recientes de su tradición. No puede decirse –no al menos como lo decimos de la tradición científica- que estos resultados convaliden unas doctrinas o invaliden otras. Es muy extraño (al menos si lo comparamos con el acuerdo existente sobre la historia de la ciencia) hablar de pensamientos filosóficos definitivamente superados, y eso es así porque en filosofía no importan tanto los resultados como el camino o la actividad que a ellos conduce. Por ello no es posible hacer filosofía ignorando a los grandes clásicos, pues es en ellos –en su actividad reflexiva, más que en sus conclusiones o resultados- donde sigue encontrando la principal fuente de inspiración la filosofía actual. Aunque el ejercicio de la filosofía debe realizarse personalmente, no puede ignorar la rica tradición intelectual que la precede. De todas maneras, es indudable que hacer filosofía implica y concierne al individuo de un modo mucho más profundo que hacer ciencia. Mientras los avances científicos tienen como objetivo mejorar nuestro conocimiento colectivo de la realidad, el filosofar ayuda a transformar y ampliar la visión personal del mundo de quien se dedica a esta tarea. Esta es también la razón por la cual mientras en los escritos científicos reina un alto grado de acuerdo y unidad, en los escritos filosóficos hallamos una extrema heterogeneidad (“cada uno hace filosofía según el tipo de hombre que es”, decía Fichte, una figura destacada del idealismo alemán).

La constatación de esas diferencias no debe hacernos ignorar la estrecha relación entre ambos saberes. Sería un error creer que se trata de dos tipos de saber mutuamente ajenos o esencialmente irreconciliables. De hecho, la filosofía, como “saber de segundo orden” que es, no existiría de no haber saberes ya establecidos, de entre los que sobresalen los que llamamos científicos. Y, a pesar de las diferencias que acabamos de ver respecto a su ejercicio, hay campos de la cultura en los que la práctica filosófica se funde con la científica, como ocurre por ejemplo en el campo del derecho o de la psicología. Históricamente ha sucedido que algunas preguntas empezaron siendo competencia de la filosofía (la naturaleza y el movimiento de los astros, p.e.) y luego pasaron a recibir solución científica. En otros casos, dudas característicamente filosóficas estimularon la revisión de soluciones científicas (como el paso de la geometría euclidiana a las geometrías no euclidianas). No siempre es fácil deslindar qué preguntas pertenecen a un campo o a otro (en el campo de la neurobiología es a veces especialmente peliagudo distinguir entre cuestiones o discursos científicos y filosóficos, no hablemos ya del campo jurídico). Es probable que ciertos aspectos de las preguntas a las que hoy atiende la filosofía reciban mañana una solución científica, y es seguro que las futuras soluciones científicas inspirarán nuevas cuestiones filosóficas.

**VII.- PARTES DE LA FILOSOFÍA, INTERESES FILOSÓFICOS**

Este saber, durante sus ya 2.500 años de antigüedad, se ha ido articulando en una serie de reflexiones plurales con distintos centros de atención. A partir de ahí se han establecido distintas disciplinas o especialidades. Digamos que distintos campos de interés filosófico. En absoluto son excluyentes y cualquier teoría filosófica exigente debe intentar integrarlas y examinar las relaciones existentes entre ellos.

-La **metafisica** (u ontología) es aquella parte de la filosofía que trata de darnos una descripción de la totalidad de la realidad Su pregunta fundamental es: ¿qué es la realidad y cómo está ordenada?

 -La **gnoseología** (o epistemología) es aquella parte que estudia el fundamento del conocimiento: ¿cómo conozco la realidad?, o ¿cómo establecemos la verdad del conocimiento?

 - La **ética** (o moral) es la parte que trata de la vida que resulta buena para el hombre desde una perspectiva individual. Su pregunta: ¿cómo debo vivir?

-La **política** es el nombre que abarca el conjunto de reflexiones filosóficas sobre la convivencia entre los hombres. La pregunta que mejor las centraría sería: ¿cómo debemos convivir?

 -La **estética** es la parte de la filosofía que se ocupa del arte y de la belleza Su pregunta fundamental es: ¿qué es la belleza?

-Por último, la **antropología filosófica** es la parte de la filosofía que reflexiona sobre el hombre. Su pregunta fundamental es: ¿qué es el ser humano? O ¿cuál es el puesto del hombre en el cosmos?

Esas “partes” de la Filosofía debemos entenderlas como distintas áreas de reflexión que abarca hoy el pensamiento filosófico. Pero también como “partes” de cualquier teoría filosófica exigente, pues muestra la pluralidad de asuntos que debe pensar cualquier teoría filosófica, pensarlos e integrarlos en una unidad comprensiva. Imaginemos un filósofo dedicado a la “especialidad” de la ética que concluye que los ingredientes de la vida buena son «tal y cual». Para justificar su opinión, necesariamente tendrá que explicarnos cómo ha llegado a esa conclusión, y eso es ya una cuestión epistemológica. Y también deberá explicar por qué cree que eso que dice es posible, es decir cómo encaja eso en el mundo tal como lo entiende, y eso es ya una cuestión metafísica. Obviamente, al tratarse de una propuesta ética, deberá explicarnos también las consecuencias que ello tiene en el cercano ámbito de lo político. Quizá también se le podría exigir alguna respuesta a la cuestión estética y que nos dijera qué función desempeña la belleza en la vida buena.

1. Imaginemos un científico que trabaja en una investigación concreta de su especialidad. Mientras realiza esta actividad científica se atiene al marco conceptual de su especialidad. Pero también puede plantearse la validez de esos conceptos y métodos que usa habitualmente en su práctica científica, y ésta es ya una tarea que desborda su marco científico y entra a formar parte de una actividad filosófica. [↑](#footnote-ref-1)